

TERESA DE LAURETIS, *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid, Horas y horas, Cuadernos inacabados, 2000

Estar juntas las mujeres no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres gay no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas negras no era suficiente, éramos distintas. Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y sus objetivos y alianzas muy diversas. La supervivencia nos advertía a algunas de nosotras que no nos podíamos permitir definirnos a nosotras mismas fácilmente, ni tampoco encerrarnos en una definición estrecha... Ha hecho falta un cierto tiempo para darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia particular.

Audre Lorde

El presente libro es una compilación de ensayos escritos entre 1986 y 1996, reunidos por su propia autora en función de una temática común: la *diferencia*. Éstos no se encuentran recogidos en orden cronológico porque, como afirma en el prólogo, el pensamiento no es lineal.

A pesar de tratar cuestiones muy distintas, podemos ver a lo largo de todo el libro una intencionalidad clara. Teresa de Lauretis intenta salvar el concepto de diferencia que ha sido (y está siendo) acusado de haber roto la posibilidad de una teoría feminista radical. Para ello defiende que sólo si admitimos y aceptamos nuestras diferencias internas, podremos entender y aceptar las diferencias internas a las otras mujeres y así perseguir un proyecto político común de re-conocimiento e intervención en el mundo. Así, dice: «parece necesario revalorizar las diferencias que existen entre nosotras y en nosotras, y dejar de pensarlas como obstáculo para entenderlas como estímulo de una renovada creatividad política y personal» (p. 9).

Así, al rescatar la categoría de *diferencia* de su tradicional asociación a la negatividad, Teresa de Lauretis parece simpatizar con la apuesta derridiana por la ambigüedad. Partiendo de la polémica Irigaray-Felman acerca del lenguaje de las mujeres, del lenguaje de la alteridad, nuestra autora nos muestra, a través de un largo recorri-

do por la genealogía feminista, cómo hablamos el lenguaje de los hombres y el silencio de las mujeres. Esta «contradicción interna» es precisamente la «contradicción» específica del discurso feminista. El discurso válido, el discurso del que disponemos, está organizado por y en función de una sola categoría: la identidad. Esta lógica de lo Mismo, y, por tanto, excluyente, nos sitúa a las mujeres en el par del «disvalor», de lo que no es lo mismo, de lo no-masculino. Por esto, para hacernos escuchar y poder hacer tambalear el *fallogocentrismo* denunciado por Irigaray, tenemos que hacer uso de la ambigüedad, de la ambivalencia (o de la contradicción, desde la lógica no-inclusiva de lo Mismo). Desde la teoría feminista no hablamos el lenguaje de los hombres porque no somos hombres, pero tampoco hablamos el silencio de las mujeres porque no somos como nos ha construido el discurso heteropatriarcal, hacemos ambas cosas: sólo de este modo lograremos situarnos fuera del logos dominante para poder apostar por una manera no dualista —exclusivista— de ver el mundo y de relacionarnos entre nosotras, y con ellos.

De este modo, Teresa de Lauretis piensa un sujeto del feminismo en un inacabable proceso de definición. Se trata de un sujeto que está al mismo tiempo dentro y fuera de la ideología del género y es consciente de esta doble tensión. Para que el feminismo desarrolle una teoría radical y una práctica de transformación socio-cultural radical, la ambigüedad del género debe seguir manteniéndose: no podemos resolver o suprimir la incómoda condición de estar dentro y fuera del género asexualizándolo (haciendo de él una mera metáfora, una cuestión de *différance*, de efectos puramente discursivos) o convirtiéndolo en andrógino (reivindicando la misma experiencia de las condiciones materiales para ambos géneros de una clase, raza o cultura dada).

Por otro lado, Teresa de Lauretis nos muestra cómo no sólo el género ha sido definido, y por tanto, valorado, en función de la masculinidad, sino que también ha ocurrido lo mismo con la sexualidad. Así, por ejemplo, Foucault no concibe la sexualidad como radicada en el género, con una forma masculina y otra femenina, sino que la considera como única e igual para *todos*, y por tanto masculina. Y aunque la sexualidad



(no la libido freudiana) como construcción y (auto)representación tiene una forma femenina y otra masculina, lo cierto es que en la concepción hetero-patriarcal la forma femenina es una mera proyección de la masculina, su opuesto complementario, su extrapolación, la costilla de Adán. Así, incluso cuando se sitúa en un cuerpo de mujer, la sexualidad se percibe como atributo o propiedad del macho.

«Diferencia sexual» es el término de una paradoja teórica que corresponde a una contradicción real, práctica, de la vida de las mujeres: nombra, al mismo tiempo, una diferencia (las mujeres son, o quieren, algo distinto que los hombres) y una indiferencia (las mujeres son, o quieren, lo mismo que los hombres). Lo femenino carece de lugar si no es dentro de modelos y leyes emanados de los sujetos masculinos. Lo que implica que realmente no existen dos sexos, sino sólo uno. En la estructura teórica de esta indiferencia sexual, el deseo femenino por «la igual» no está contemplado; es simplemente incomprendible en el régimen fálico de una afirmada diferencia sexual entre el hombre y la mujer, pero que se basa en lo contrario, esto es, en la completa indiferencia frente al «otro» sexo, el de la mujer. Es aquí donde la llamada diferencia sexual se convierte en indiferencia: una única práctica y representación de lo sexual.

De acuerdo con Mackinnon, Teresa de Lauretis defiende que la heterosexualidad es la estructura de la opresión de las mujeres. La institución de la heterosexualidad no es simplemente uno entre los diversos mecanismos de dominación masculina, sino que está íntimamente implicada en cada uno de ellos: se trata de una estructura sustentadora del pacto social y fundamento de las normas culturales. La diferencia de género se reproduce en las interacciones cotidianas de las parejas heterosexuales a través de la negación de carácter no unitario, no racional y relacional de la subjetividad. Pero entonces, dice Teresa de Lauretis, ¿qué podrá convencer a las mujeres para que inviertan en otras posiciones, en otras fuentes de poder apropiadas para cambiar las relaciones de género, si han asumido la posición actual de hembra de la pareja en primer lugar porque esa posición les ofrecía, como mujeres, un cierto poder relativo? Para imaginar

el género (hombres y mujeres) de forma diversa y (re)construirlo en términos diversos de los dictados por el contrato heteropatriarcal, debemos salir de este sistema de referencia en el cual género y sexualidad se (re)producen a través del discurso de la sexualidad masculina o, como ha señalado Luce Irigaray, de la hom(m)osexualidad. Lo que necesita en este momento histórico el feminismo es un punto de vista excéntrico respecto al monopolio masculino (heterosexual) del poder/saber, una posición discursiva en exceso, es decir, no reasimilable por la institución socio-cultural de la heterosexualidad.

Así es como Teresa de Lauretis dedica gran parte del libro a dar cuenta de que *lesbiana* es el único concepto que está más allá de las categorías del sexo, porque la sujeto lesbiana no es una mujer en el sentido económico ni político ni ideológico. La lesbiana no es una mujer, no es el sujeto social mujer, sino el sujeto de una particular «práctica cognoscitiva» que permite rearticular las relaciones sociales y las condiciones mismas del conocimiento desde una posición excéntrica respecto a la institución de la heterosexualidad. En este sentido propone con Wittig la desaparición de las mujeres como objetivo del feminismo. La lucha contra los aparatos ideológicos y las instituciones socio-económicas de la opresión de las mujeres consiste en rechazar los términos del contrato heterosexual, no sólo en la práctica del vivir, sino también en la práctica del conocer. Consiste en concebir un sujeto social en modo excéntrico, en términos autónomos o excedentes a las categorías del género. Una lesbiana «debe ser» otra cosa, no-mujer y no-hombre. *Sociedad lesbiana y lesbiana* son términos conceptuales, teóricos, de una forma de conciencia feminista que puede existir históricamente sólo en el «aquí y ahora» como conciencia de otra cosa.

De este modo, partiendo de que hoy en día una teoría o proyecto político feminista no puede dejar de tener en cuenta no sólo las diferencias entre mujeres, sino también las construcciones externas e internas al sujeto, los límites del yo y las necesidades que lo sostienen, la productividad y la refractariedad del deseo, el sujeto del feminismo por el que apuesta Teresa de Lauretis está constituido, como el sujeto postmoderno,

marginal, imaginado por Samuel Delany, de fragmentos cuyos aspectos constitutivos incluyen siempre otros objetos, otros sujetos, otros sedimentos, por lo que la noción de «otro» (otro que uno mismo) se resquebraja bajo la misma presión del análisis que el yo aplica para localizarlo. Esta figura, de una posición crítica alcanzada a través de prácticas de desplazamiento político y personal, atravesando los límites entre identidad y comunidad socio-sexual entre cuerpos y dis-

ursos, sólo puede generarse en la nueva etapa del feminismo. La lesbiana, el sujeto del feminismo, el sujeto excéntrico es un sujeto generado en una continua interacción con las tecnologías del género: no inmune o externo al género, pero autocrítico, distanciado, irónico, excedente.

MERCEDES LÓPEZ JORGE  
Centro de Estudios de la Mujer  
Universidad de La Laguna

